

La educación en debate

#49

abril
2017

Suplemento

unipe: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA BUENOS AIRES

Enseñar y estudiar en escuelas rurales

por Mariana Liceaga y Julián Mónaco*

Hoy, como muchas otras mañanas desde hace seis años, Claudia Barbé hizo dedo para llegar un rato antes de las ocho y abrir la Escuela Primaria N° 14 de Punta Piedras: un paraje sobre un tramo no asfaltado de la Ruta Provincial N° 11, en Buenos Aires. A un lado del camino, el Parque Costero del Sur en la ribera del Río de la Plata; al otro, grandes estancias. Claudia Barbé es auxiliar de esa escuela, pero también prepara el desayuno y el almuerzo, hace las compras, limpia y... abre la puerta.

—Al aceptar esta función una sabe que se hace cargo de todo —dirá.

Claudia vive en Punta Indio, una localidad a veinticinco kilómetros de su trabajo. Después de un día de lluvia, elige dejar el auto en su casa.

—Si está feo, prefiero ir caminando por el huellón.

Esta mañana, apenas entró a la escuela, barrió las conchillas que se habían juntado en el piso. Las puertas no tienen burletes y el viento, aunque sopló poco, las metió hacia adentro. Después preparó el desayuno para que estuviera listo cuando llegaran los seis estudiantes.

—Son poquitos, los puedo malcriar, les doy lo que le gusta a cada uno.

Araceli y Jeremías eligieron mate cocido, Vanina, Facu y Leo, leche chocolatada, y Vicky, mate. También comieron bizcochuelo, alfajores, galletitas y barritas de cereal. Los seis estudiantes vienen de distintos lugares del país: sus padres perdieron el trabajo en Misiones, Corrientes o Formosa y llegaron acá porque consiguieron uno.

—Somos como una gran familia. Crié a dos hijas y me siento igual que cuando venían sus amigos a casa.

La Escuela Primaria N° 14 es una de las doce escuelas rurales que integran

el Distrito Escolar N° 134 (o Punta Indio) de la Provincia de Buenos Aires, que también incluye otros tres establecimientos urbanos. Su edificio pertenece a la Dirección Provincial de Escuelas, a diferencia de la Escuela N° 10, que funciona en un espacio cedido dentro de una estancia que se llama Rancho Barreto, o de la N° 16, que está dentro de otra estancia, la San Ramón. En esa, para llegar al aula, los estudiantes, la docente y la auxiliar tienen que atravesar siete tranqueiras. Durante las horas de clase, sus dueños ordenan mantenerlas sin candados. Así lo explica Andrea Arturi, inspectora en este distrito desde hace ocho años, en el bar de una estación de servicio que está sobre la Ruta Provincial N° 36.

—Es más práctico que venga con ustedes que darles las indicaciones por WhatsApp —dice.

La modalidad rural se implementó como tal con la sanción de la Ley de Educación Nacional (LEN) en 2006. Representa el 9% de la matrícula total del país, con 129.000 alumnos en el nivel inicial, 449.000 en primaria y 263.000 en secundaria, distribuidos en alrededor de 12.000 escuelas. Técnicamente, una escuela es considerada rural cuando está localizada en un territorio en el que vive una población de hasta dos mil habitantes. El INDEC define a estas comunidades como “rurales”. Se trata, sin embargo, de un criterio que muchas veces es excedido por casos puntuales. Por ejemplo, existen escuelas en poblaciones de más de dos mil habitantes que tienen condiciones de aislamiento. Y también sucede que escuelas que según el INDEC serían rurales dejan de serlo en los hechos porque los pueblos crecen y adquieren características más urbanas.

—La modalidad tiene un aislamiento que parece que copiara el terreno, las

escuelas tienen poca visibilidad, como cuando vas por la ruta y no las ves —dirá unos días más tarde, en su oficina del Ministerio en la calle Pizzurno, Alicia Fregonese, coordinadora nacional de la Modalidad Rural hasta febrero de 2017.

Llegar a clase

El problema del traslado de los docentes, los auxiliares y los estudiantes es central en la modalidad. Vicky, una de las estudiantes de la escuela de Punta Piedras, tiene once años. Casi todos los días llega en uno de los autos que pone el estado provincial para trasladar a los estudiantes.

—Vivo cinco kilómetros más para abajo, por eso vengo en el taxi o con mi mamá —contará después.

Esos autos no siempre llegan hasta la puerta de la casa de los alumnos, por eso si viven muy lejos del camino principal, tienen que ir a pie o a caballo hasta un punto de encuentro, salvo que sus padres tengan movilidad propia. Los días de lluvia muchas veces faltan y se quedan en casa trabajando.

—Para eso es el cuaderno de contingencia, donde tenemos tareas para hacer —explica Vicky.

Arturi, la inspectora, se traslada de escuela en escuela a dedo, en remis o en transporte público, si hay. Dice que cuando empezó a trabajar en Verónica —la ciudad cabecera de este distrito, que abarca cincuenta kilómetros a la redonda—, nadie tenía idea sobre cómo llegar a algunos establecimientos y que lo tuvo que aprender sola. Ahora la ayuda la experiencia: conoce tanto y tan bien el movimiento cotidiano que aprovecha los viajes de los maestros de Educación Física, Música y Artes para llegar hasta aquellas escuelas que están muy alejadas.

—A veces las autoridades te piden cosas de un día para el otro y no son cons-

cientes de dónde está cada escuela. Ahí salgo con las jinetas bien puestas y les digo: “Esto no es una ciudad donde apretamos un botón y tenemos la información que piden”.

Avanzamos por la ruta. Ya dejamos atrás un recreo sobre el río. Pasamos, también, por una zona nueva de quintas donde hay invernaderos que venden su cosecha en el Mercado Central y por la Base Aeronaval Punta Indio. Allí funcionó un centro clandestino en la última dictadura cívico-militar. El último tramo de la ruta es de ripio. Cada escuela rural ocupa una categoría en una escala construida sobre la base de criterios indicados por la provincia a la que pertenece. En Entre Ríos, por ejemplo, la variable de mayor peso es la matrícula. En otras, es la distancia respecto a un centro urbano. Que una escuela sea de una u otra categoría es importante porque los docentes cobran un plus salarial y los establecimientos reciben distintos fondos de acuerdo a esa categoría. En Buenos Aires, hay cinco categorías que se establecen según la distancia a la que estén de un camino asfaltado.

La Escuela N° 14 pertenece a la quinta categoría: parece un puesto de una estancia, rodeada por un parque salpicado de talas, coronillas y fresnos, donde los estudiantes salen a jugar en el recreo. Es una construcción de los años cincuenta. Las tierras las donó Carlos Casaña, un vecino dueño de mucha tierra en la zona. Las donaciones son otra de las características distintivas de esta modalidad: la relación entre lo público y lo privado es mucho más constante que en las demás. Por ejemplo, existe APAER, la Asociación de Padrinos de Alumnos y Escuelas Rurales. Las donaciones van desde mobiliario hasta la cesión de los propios edificios de las escuelas, pasando por útiles, viajes de egresados, computadoras, etcétera.

En esta escuela, la campana cuelga de un árbol, cerca de la bandera y de cuatro hamacas. Dos están rotas. Jeremías, que tiene nueve años, dice que el lugar es perfecto para jugar a las escondidas y hace alarde de sus destrezas. Hoy llegó a la escuela a las nueve menos cuarto junto con Araceli. Quince minutos más tarde se sumaron los otros cuatro compañeros e izaron la bandera.

Cuando nos acercamos a la puerta de entrada, Casandra El Bakari sale a darnos la bienvenida.

Es directora a la vez que maestra. Así sucede en las escuelas rurales de ti- d

de po unitarias, en las que una persona se hace cargo de todo: dirige y enseña en una misma aula a estudiantes de distintos grados o de distintos años. Esto se llama plurigrado y pluriaño y es una de las complejidades de esta modalidad. En las escuelas bidocentes, en cambio, trabajan dos personas. Pero también puede que una escuela rural tenga la misma planta docente que una urbana.

—El problema es que la formación docente está pensada para un solo modelo de escuela —explica Arturi.

El primer envío que tuvo la educación rural fue el Proyecto 7. En ese momento, la reforma educativa impulsada por la Ley de Educación Federal, en 1993, llevaba la duración de la enseñanza básica obligatoria de siete a diez años. Cuando en 2006 se sancionó la LEN, y la obligatoriedad se extendió hasta el final del secundario, el entonces ministro de Educación Daniel Filmus impulsó programas específicos como el Promer I (Proyecto de Mejoramiento de Enseñanza Rural), que incluyó un postítulo para hacer frente a la complejidad de dar clases a chicos y chicas de diferentes grados o años en una misma aula. El trabajo docente supone establecer diferencias curriculares y promover autonomía entre los alumnos: dos ejes fundamentales que en la carrera docente prácticamente no se ven.

El Promer II, aprobado en 2015, sigue orientado a la capacitación, pero la mayor inversión apunta a la infraestructura: el 60%.

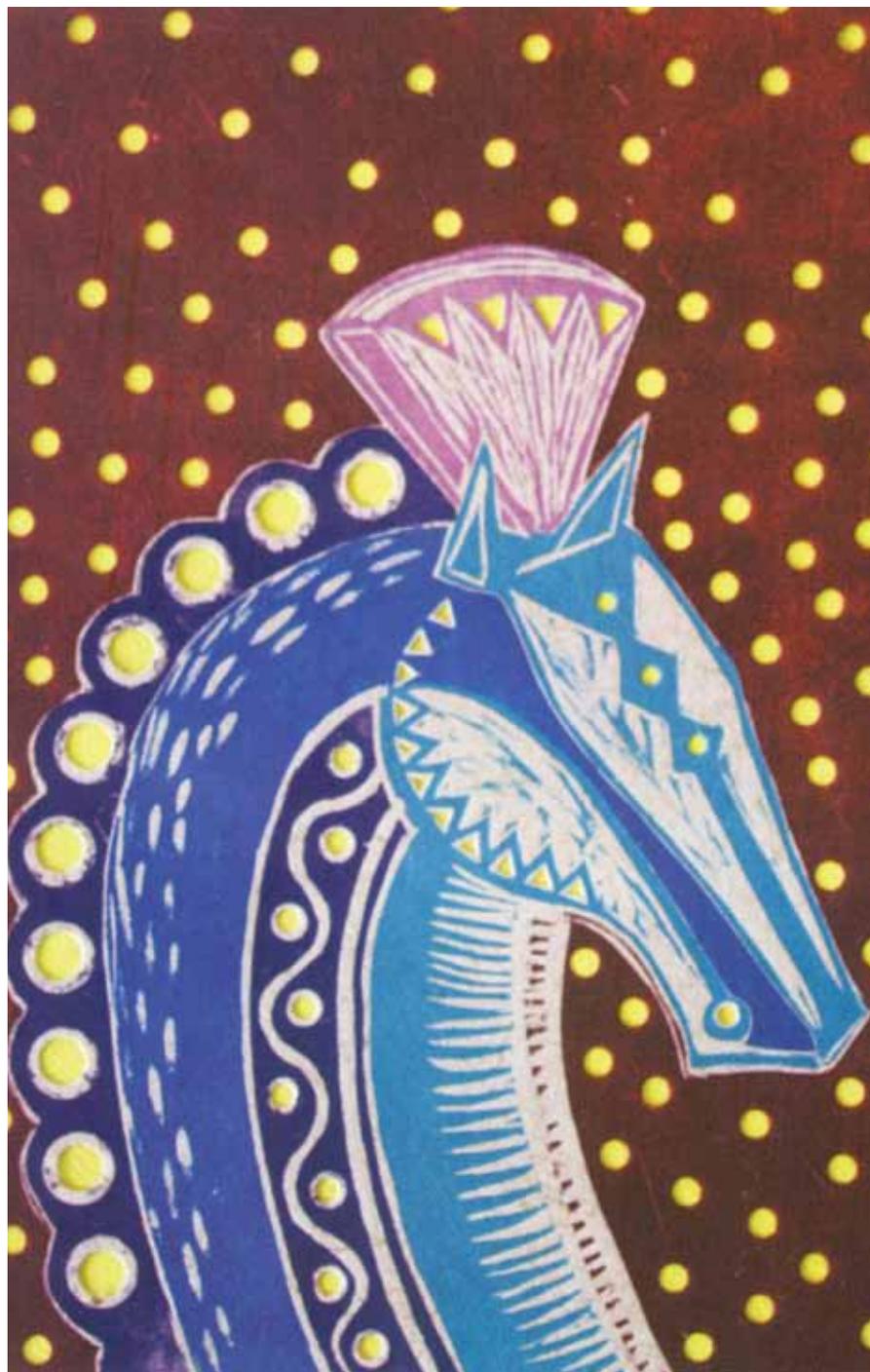
Casandra tiene treinta y un años, viste un guardapolvo atado a los costados, su pelo es negro, rizado y lo lleva recogido; sus ojos son grandes y brillantes, lleva un rosario de cuentas blancas colgado al cuello.

Entre risas recuerda su primer día como directora: el camino estaba lleno de barro y el auto estuvo a punto de encajarse. La ayudaron dos vecinos. Mientras habla, Casandra todavía no sabe que éste será el último martes que trabaje en la escuela porque no obtuvo el suficiente puntaje como para tomar el cargo de directora por el que concursó. Entonces no va a mandar a arreglar las dos hamacas, no va a seguir ensayando la obra de teatro de fin de año y no va a concretar la salida a Mundo Marino que planificó. Tampoco va a actualizar el Cuaderno de Oro de la escuela, al que le faltan registros de los últimos años. Después de dos meses, Araceli, Jeremías, Vanina, Facu, Leo y Vicky van a perder a su segunda maestra-directora del año. La anterior se había jubilado en julio.

Casandra es hija de un inmigrante egipcio que llegó a Argentina y se instaló en Adrogué. Cuando ella tenía ocho años su papá alquiló un hotel en Punta Indio en el que trabajó durante tres años. Como Claudia, la auxiliar, Casandra también estudió en una escuela rural. Las dos se conocieron en el pueblo mucho antes de coincidir en la Escuela N° 14 y ese lazo les vino bien para las tareas cotidianas, que incluyen, por ejemplo, hacer las compras juntas y cargar todo en el auto de Casandra para llevarlo a la escuela.

—Es una suma de esfuerzos —dice Claudia.

La maestra-directora muestra el aula, una sala, los dos baños (uno está en construcción), un depósito y la cocina. También hay un salón central que funciona de comedor —los chicos ya terminaron de desayunar—, sala de reuniones o patio cubierto. En el marco de la ventana se ven dos celulares dentro de un vaso vacío, sujetados con una cinta de pintor para que no se caigan.



Guillermo Rodríguez, *Yegüita linda* (Gentileza Galería de arte Isabel Anchorena)

—Es el único lugar donde hay señal —explica la auxiliar, mientras prepara el almuerzo.

Los celulares los compraron Casandra y Claudia: en la escuela no hay teléfono de línea y tampoco Internet. Eso no sólo dificulta la incorporación plena en el aula de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) sino que, además, obliga a Casandra a dedicar parte de su tiempo libre a responder correos desde su casa.

—Nosotras rezamos para que no le pase nada a ningún chico —dice Casandra mientras mira al techo y junta las manos como si rezara.

—Señorita, señorita, Vanina está llorando porque le duele la muela.

—Uy, me disculpan, ahora vengo —avisa Casandra y vuelve al aula.

Arturi cuenta que cada quince días la escuela le cede la sala a un médico de la unidad sanitaria que viene a revisar a todos los chicos de la zona, sean o no estudiantes. En localidades como Punta Piedras la escuela es, muchas veces, la única institución pública en varios kilómetros a la redonda.

—Disculpen, me liberan la mesa que tengo que ponerla para que los chicos almuercen —pide Claudia.

Hoy les tocan milanesas con arroz o ensalada.

Formatos según las necesidades

En la sala, la mamá de Vicky, Carolina Carrigal, prepara sus cosas para irse.

Vino a hablar con Casandra porque no pudo estar en la entrega de boletines. Su esposo es peón en un campo, como todos los papás de la escuela. Sus otros dos hijos egresaron y ahora cursan la secundaria en el Centro Educativo para la Producción Total (CEPT) N° 29 en Roberto Payró, una escuela de alternancia donde estudian y viven una semana y pasan las dos siguientes en su casa.

—Esos días reciben la visita de un maestro que controla sus tareas —explica Carolina, que quiere que sus hijos estudien pero, también, que aprendan a trabajar en el campo y tengan sus propios ingresos.

La obligatoriedad del secundario que establece la LEN fue un desafío para la educación rural: desmenuzar hábitos culturales para mover la tradición que manda a los varones a trabajar al campo desde muy chicos. Pero los números señalan que el impacto fue positivo en la matrícula: pasó de 238.512 a 283.659 en el período 2001-2013.

Las escuelas rurales asumen diferentes formatos en los tres niveles que responden a las características del contexto y de las comunidades con las que trabajan. No hay un único modelo y a veces se adaptan a las economías regionales. En Tierra del Fuego, por ejemplo, se abrió una escuela para recibir a los hijos de los trabajadores de un aserradero. Cuando el aserradero

cerró, también cerró la escuela. Existen, además, escuelas modulares: estructuras prefabricadas que se emplazan en lugares de muy difícil acceso.

—Es muy artesanal —describe Claudia Serafini, quien trabaja junto a Fregonese en el Ministerio de Educación.

Cuando entramos al aula de la Escuela Primaria N° 14, Vicky salta de su pupitre y se cuelga de Arturi con un abrazo espontáneo, amoroso.

—Es que la conozco desde que es chiquita y yo ando mucho por las escuelas.

Los chicos están sentados por grados: Araceli está en primero, Facu en tercero, Jeremías y Vanina en cuarto, Vicky y Leo en sexto. Lo primero que hizo Casandra cuando llegó fue asignar un pizarrón a cada grado, para administrar mejor las tareas y los tiempos. Antes de eso, estaban todos cubiertos con friselinas de las que colgaban carteles con reglas de convivencia y palabras en inglés.

—Cuando están viendo un tema parecido los chicos se ayudan o conversamos entre todos —dice Casandra. Ahora están estudiando migraciones.

—Lo que más nos gusta es Matemática —gritan a coro algunos de los chicos.

El aula es luminosa, el día está cálido y la ventana abre a una zona frondosa de árboles. Los días plenos de sol, Casandra estira una alfombra sobre el césped para el rato de lectura de todos los días. Pero la escuela no está calefaccionada y en invierno el frío húmedo avanza sobre los espacios y las personas. La Cooperadora compró una pantalla de gas que funciona con una garrafa y un pequeño aire frío-calor.

—Cuando hace mucho frío nos amuchamos todos juntos acá abajo —cuenta Casandra mientras señala un lugar abajo del aire frío-calor.

—El problema del Estado, en general, es que tiene poca imaginación para pensar que la inversión es una: vos invertís una sola vez en poner una conexión de gas y la tenés hasta que la escuela se te hunda. Pero siempre se piensa en inversiones baratas, sin perspectiva —dice Arturi.

Hacia el final de la jornada, volvemos a la sala. En este espacio, una vez por semana, funciona un taller de fotografía astronómica. Por la poca luz artificial, la zona ofrece cielos muy estrellados. Como agradecimiento, los integrantes del grupo llevan galletitas y productos de limpieza como detergente o papel higiénico. El Estado solo abastece a la escuela con lavandina.

—Nosotros aprovechamos y les pedimos a los organizadores del taller esas cosas —dice Claudia.

A principios de este año, la empresa Petrobras coordinó un encuentro sobre ecología y donó una notebook. Con esa donación y las cinco computadoras que tiene el carrito informático del Programa Conectar Igualdad, cada chico tiene su propio dispositivo para trabajar. Desde que llegó Casandra —cuentan los estudiantes— las usan todos los días.

La mañana de clase ya está por terminar. Dentro de media hora, a las dos menos cinco, los alumnos guardarán sus útiles e irán hacia la campana para recitar un texto de despedida a la bandera mientras la bajan. Afuera los esperan los autos para volver a sus casas. ■

ALICIA FREGONESE, EX COORDINADORA NACIONAL DE LA MODALIDAD RURAL, Y CLAUDIA SERAFINI, INTEGRANTE DEL EQUIPO TÉCNICO DE LA MODALIDAD RURAL

Motorizar la ley escrita

Alicia Fregonese (AF) fue la coordinadora nacional de la Modalidad Rural hasta febrero de 2017. Al momento de esta publicación, las autoridades del Ministerio de Educación de la Nación llevan adelante un proceso de reestructuración que incluye a todas las modalidades, incluida la Rural. Todavía no existe una nueva estructura de trabajo. Claudia Serafini (CS) también fue integrante del equipo técnico de esta área. Actualmente es asesora técnica.

¿Hicieron un mapeo de problemas al comenzar la gestión al frente de la modalidad?

AF: Cada provincia dice cuál es su problemática. Hay escuelas que están súper aisladas, o con problemas de acceso o donde faltan docentes.

CS: La gran problemática es el pluri-grado: muchos alumnos que cursan la escuela graduada en un mismo espacio. Ese es un objeto de trabajo, sabemos que es muy complejo enseñar en esas condiciones, por eso ofrecemos cursos de capacitación para mejorar las estrategias didácticas de enseñanza en esa situación.

AF: Empezamos a trabajar entre Nación y el INFOD con dos postítulos gratuitos [que se llamarán Trayectos] en pluriaño y plurigrado para que toda la formación docente tenga un criterio único. Hubo un postítulo hasta 2013 que duraba cuatrocientas horas pero como tuvo mucha deserción porque era muy largo, los que ofrecemos serán más cortos, de doscientas horas.

CS: Un Trayecto sería para secundaria y otro para primaria. Serían por módulos. Es decir: si sos maestro y te interesa la didáctica rural de la Matemática, hacés ese módulo. Y si querés ponerle ritmo a tu año, podés hacer el Trayecto completo. Tendrían un encuentro presencial sábado de por medio, y es condición estar trabajando porque están centrados en la práctica, la idea es que lo apliquen con sus alumnos.

¿Y dentro de ese mapeo qué apareció en cuestiones de infraestructura?

AF: Es una complejidad. En Argentina, el 90% de los caminos son de tierra, trabajamos con otros ministerios para mejorar los accesos a las escuelas rurales, sobre todo a las que tienen mayores inconvenientes. Además de los caminos está el tema del agua y de la energía, hay zonas rurales que se fueron despoblando y para que llegue la innovación tecnológica, primero hay que resolver ese tema.

¿Qué diagnóstico realizaron?

AF: Estuvimos meses aprendiendo, me explicaron las distintas líneas. La verdad es que éste es un gran equipo dentro del ministerio, está recontra bien considerado, es fuerte, idóneo, admirable. Hicimos un análisis de lo que debía seguir adelante y hay algunas líneas a las que se les puede dar una vuelta de tuerca. Hay que consolidar datos, no existe

un informe de cada alumno, uno puede saber cuántos terminaron la secundaria o la primaria pero el porqué de la deserción no se sabe. Necesitamos un sistema de educación nominal que integre a todos los establecimientos del país.

¿Cómo se da en esta modalidad el vínculo con fundaciones, ONG o grupos privados?

CS: El Ministerio no lo supervisa, son organizaciones autónomas; pero esta gestión pretende articular el trabajo para acordar lo que hacen las ONG.

AF: En octubre organizamos el Primer Encuentro Nacional Público-Privado por la Educación Rural y Agropecuaria al que asistieron 250 referentes provinciales y 35 organizaciones de la sociedad civil. Creo que antes no se tenía en cuenta de manera organizada como un actor importante; como Estado debemos ordenarlos para que no se malgasten recursos y para que no saturen a las escuelas. Estas organizaciones trabajan en infraestructura, recursos didácticos, computadoras, bombas de agua, combustible o formación.

¿Pero no son temas de los que debería hacerse cargo el Estado?

AF: En teoría sí, pero cuando yo nací mis papás me dijeron que uno también tiene una responsabilidad con el otro, entonces me parece que está bueno que sea un ciudadano el que se interese. Nosotros, en primera instancia, debemos garantizar las trayectorias escolares pero si alguien está al lado de una escuela y quiere ayudar, que lo haga. Yo vivo en el campo al lado de una escuela rural, si me piden algo puntual como unos litros de nafta, se los doy. A veces tienen que pasar por una serie de estamentos del Estado que les impide llegar rápido para lo que necesitan. La educación rural es menos visible, como lo son esas escuelas que no se ven.

¿Cuáles serían otros desafíos?

AF: Hay muchas provincias que están pensando cómo resolver la secundaria. La obligatoriedad de ese tramo no está consolidada, hay un 20% de cobertura que falta.

CS: Aspiramos a ampliar la oferta. En las secundarias rurales es muy difícil que tengan más de una orientación, promovemos que no solo haya orientaciones agroalimentarias sino que haya sociales, artísticas. Fue un trabajo muy arduo, porque cuando abrieron las orientaciones dijeron: ¡Ah! lo agro y el ambiente es lo nuestro. Y hay comunidades que tienen tradición en arte o en turismo. Esta gestión se preocupa para que haya más plasticidad. La normativa de la gestión anterior lo dice todo, abre montones de alternativas de organización muy innovadoras. El tema es cómo se motoriza lo que está escrito. No hay mucho más por inventar. Y sí mucha resistencia al cambio. ■

M.L.y J.M.

DELIA LAZZATTI Y MARÍA EMILIA ARRIBERE, DOCENTES

Caminos de tierra y autopistas electrónicas

Todos los martes, Delia “Tita” Lazzatti sale a hacer dedo una o dos horas antes del horario en que comienza su trabajo. Se despierta bien temprano en Lavardén: una localidad de 800 habitantes en el Centro Este de la Provincia de Buenos Aires, donde vive desde 2012. A la mañana da clases de Comunicación, Cultura y Sociedad en un secundario urbano de Maipú. El trayecto es de 21 kilómetros, de los cuales sólo siete están pavimentados. Por eso los días de lluvia siempre son más complicados. “Cuando el camino está intransitable tengo que averiguar en la municipalidad si hay viaje, porque no todos los autos andan en el barro. Por suerte pasa mucha gente y es muy difícil que me quede varada”, explica. Si tiene un rato, almuerza en la casa de su abuela, antes de que la tarde la encuentre de nuevo en Lavardén, en el “Ibérico de Amezola”, un establecimiento que pertenece a la modalidad rural. La larga jornada termina en Maipú. “Tengo que hacer varios dedos y tener en cuenta el tiempo siempre”, dice Lazzatti.

María Emilia Arribere trabaja como docente de Matemáticas en el Centro Educativo para la Producción Total (CEPT) N° 5 de Miranda. En esa localidad, ubicada a 35 kilómetros de la ciudad cabecera del Partido de Rauch, también en la Provincia de Buenos Aires, viven 200 personas. La escuela funciona en una ex estación del ferrocarril. Desde 2016, el tren de pasajeros que llegaba hasta Necochea ya no corre por sus rieles. El CEPT ofrece una modalidad de alternancia que nació en Francia. Los estudiantes viven una semana en la escuela y las clases se extienden desde las ocho de la mañana hasta las ocho y cuarto de la noche. Además de estudiar, los chicos y chicas hacen las camas, limpian el baño y las habitaciones y preparan el desayuno y la merienda. Cada noche los acompañan un maestro varón y una mujer que se quedan a dormir. “El equipo docente no incluye preceptores. La escuela es como la casa de ellos y la casa de uno”, sintetiza Arribere.

En las siguientes dos semanas, los estudiantes viven en sus casas. Allí desarrollan un proyecto productivo y reciben la visita de un docente. “Este es un trabajo muy cuerpo a cuerpo. Vos no vas a mirar sólo la carpeta del chico: mirás su huerta, sus producciones, tomás mate con la familia. Hace 27 años que soy docente, pasé por el sistema tradicional pero después me enamoré de éste”, cuenta Arribere. La maestra vive a tres cuadras

de su trabajo, pero la mayoría de sus 18 compañeros viajan todos los días desde Rauch. “Como los chicos viven en la escuela, acá la condición es llegar. Tenemos que tener vehículos que puedan andar en el barro. En épocas críticas alguno ha entrado a caballo a dar clase. La lluvia, el barro, la sequía son parte de lo rural. Solamente en el 2014, cuando tuvimos una inundación muy importante, las clases se suspendieron una semana. Si no, no se suspenden jamás. En ese momento el tren fue la salvación, ahora estaríamos mucho más aislados”, dice Arribere.

Lazzatti se recibió como licenciada y profesora en Comunicación en la UBA. Para estudiar, se mudó de Maipú a La Plata. Opina que las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación son una herramienta importante para su labor cotidiana. “En Santo Domingo, que es una localidad de 100 habitantes, bien de campo, cuando llueve no podemos entrar. Todos los docentes viajamos desde Maipú, Guido y Lavardén. Esos días cumplimos horario en Maipú y trabajamos con una plataforma educativa que se llama Edmodo. Ahí les subo las actividades de ese día a los tres chicos e interactúo con ellos cuando logran conectarse, porque tampoco hay muy buena conexión. Pero tratamos de no perder el día”, cuenta Lazzatti.

Al igual que todos los docentes que trabajan en escuelas rurales, Lazzatti y Arribere reciben un plus salarial por ruralidad. “Lo que se cobra como plus depende de muchas cosas: la ubicación de la escuela, si sos titular, suplente o provisional, y tus años de antigüedad. Por ejemplo, en el Anexo 3011 de Santo Domingo me dan un plus de \$693 por ruralidad y en Lavardén me dan \$462 en algunos casos y \$430 en otros”, puntualiza Lazzatti. El CEPT en el que trabaja Arribere tiene la categoría de ruralidad más alta, por las visitas que los docentes realizan a las casas de los estudiantes. “Los circuitos de visitas incluyen cinco familias y a veces se extienden de la mañana a la noche. Entre los 100 estudiantes que tenemos, hay algunos que viven a más de 200 kilómetros. Estas escuelas son muy demandadas: los papás no quieren mandar a sus hijos solos a estudiar lejos. No hay excusas para hacer las visitas: las condiciones están. Aunque hoy estamos en un momento crítico: el combustible aumentó muchísimo y supera ampliamente el 15% del salario. O sea que gasto mucho más de lo que cobro por ruralidad”, cuenta. ■

M.L.y J.M.

ANDREA ARTURI, INSPECTORA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Problemas de acceso y aislamiento

Desde 2008, Andrea Arturi es inspectora de nivel primario en la Provincia de Buenos Aires. Antes de acceder a ese cargo fue maestra y directora. Como inspectora del Distrito Escolar 134 tiene a su cargo quince escuelas: doce rurales y tres urbanas, que están en un radio de cincuenta kilómetros alrededor de Verónica, la ciudad cabecera de Punta Indio, donde está su lugar de trabajo. Según Arturi, las tareas administrativas en el ámbito urbano y en el rural son las mismas, lo que cambia es el contexto y las necesidades y que el estado provincial no garantiza los recursos para el rol que desempeña.

—Para los traslados te dan unos pesos sueltos, no es algo blanqueado para el rol, en la liquidación aparece como Programa de Fortalecimiento de Supervisión de Planes. Es una manera clandestina que impone el Estado.

Para la inspectora, una cuestión estructural para atender es que se habla de la escuela pensada con el modelo urbano y se trata a las rurales en la misma línea, cuando en realidad son muy distintas. Y pone como ejemplo una tarea cotidiana: llenar planillas.

—Están pensadas con un único formato: para todos los grados con su maestro y un director. Y tanto quien las llena como quien las lee se tiene que dar maña porque hay complejidades de gran dimensión difíciles de interpretar.

Además, Arturi señala que hay cosas que deberían hacerse y no se hacen.

—No se crean cargos que deberían existir, por ejemplo, el de bibliotecaria. Todas las escuelas deberían tener ese recurso aunque tengan baja matrícula porque abriría otra posibilidad de trabajo.

Pero hay dos problemas que destaca como acuciantes. El primero está relacionado con los accesos: aun cuando los docentes disponen de medios propios, muchas veces tienen que atravesar caminos sin ningún tipo de mantenimiento.

—Caen dos gotas y no se puede acceder. Y no poder acceder significa que no hay clases.

Y aunque los docentes implementan planes de continuidad para los

días que hay mal tiempo, eso no es lo mismo que ir a clases.

El segundo problema al que Arturi se refiere es el aislamiento. Para combatirlo, crea proyectos que agrupan a estudiantes de dos o más escuelas, por ejemplo, de lectura.

—Pero dependemos de un gasto de transporte que no está contemplado desde el Estado y nos la tenemos que rebuscar para llevarlo a cabo.

Arturi dice que las autoridades locales atienden las cuestiones de infraestructura y que no tiene nada que objetar a nivel distrital, pero que no puede extender esa visión a nivel provincial.

—Es difícil de comprender lo que pasa, si es que hay mucho dinero y eso posibilita el desvío de fondos, o si realmente a quienes se encargan de hacer esa gestión no les interesa el bienestar del otro; también pueden ser los dos motivos. A veces se hacen arreglos provisionales con terribles inversiones y después llama la directora para avisar que es riesgoso. Yo intervengo ahí, cuando me avisan del peligro y les informo al consejo escolar y al de infraestructura.

En relación a los materiales de trabajo, Arturi dice que todas las escuelas reciben lo mismo pero que a veces es difícil desestructurar cuestiones culturales, por ejemplo, con la aplicación de la Ley de Educación Sexual.

—Paulatinamente se va aplicando. Cuesta porque no se prepara al docente para trabajar con ese posicionamiento y la tradición cultural rural es difícil de mover. Lleva tiempo, se debería trabajar también con los adultos, porque ellos bajan los temas a sus hijos.

Respecto al trabajo infantil, Arturi dice que la forma en que supervisan ese aspecto es cuidar que los chicos no falten a clase.

—En mi distrito, no sé de casos en el nivel primario. Pero en la secundaria, ahí sí la cosa está más compleja.

¿Hay promesas que no llegan?
—Sí, el arreglo de los caminos. En este año no han mejorado ninguno. ■

M.LyJ.M.

ESCUELA PRIMARIA N° 14 EN COLONIA ABORIGEN

De padrinos, maestros y hadas

En el año 2002, ante la crisis que atravesaba el país, una profesora de Geografía, una de Historia y un grupo de alumnos del Liceo francoargentino Jean Mermoz se dirigieron a la Asociación de Padrinos de Escuelas Rurales (APAER) con una propuesta solidaria. Eligieron la Escuela Primaria N° 14 en Colonia Aborigen, una localidad a veintidós kilómetros al sur de la ciudad de Machagay en la provincia de Chaco, para ocuparse de diversas necesidades. Optaron por la escuela rural más numerosa –350 alumnos– porque el Liceo tenía, a su vez, una matrícula numerosa: 1.500 alumnos.

En el transcurso de estos quince años, el vínculo se ha ido afianzando: tienen un programa anual de cinco colectas, envían zapatillas y ojotas nuevas todos los años, han brindado asistencia económica para la compra de ventiladores de techo para cada aula o la construcción de baños, fogones y piletones para lavar platos, entre otras acciones. También tienen un programa de responsabilidad social relacionado con la defensa y el reclamo de los derechos humanos que incluye un viaje a Colonia Aborigen de un grupo de alumnos de tercero a quinto año para intercambiar experiencias.

Valeriano Villán es el director de la Escuela N° 14 desde 2013; antes había trabajado en distintas escuelas rurales –en todas había padrinazgos– hasta que llegó a ésta como maestro de tercer grado, cargo que ocupó hasta que la ex directora se enfermó.

Es una escuela bilingüe: el 70% de los alumnos pertenece a la comunidad toba. Por eso, además de maestros, hay “hadas”, figuras clave que hablan la lengua aborigen y enseñan, en este caso, cestería. En el edificio ahora funciona sólo la primaria: hasta el 2011 le cedían espacio a la secundaria porque no tenía un lugar propio. Los alumnos llegan en bicicleta, a caballo y en moto, y si llueve –dice Villán en una entrevista telefónica–, no van a clase porque en el Chaco el estado provincial no se ocupa del traslado de los estudiantes.

—¿Podrían seguir sin la colaboración del Liceo?

—Sí, aunque deberíamos buscar otros medios, pero para nuestros alumnos es muy importante el intercambio cuando vienen los estudiantes de allá. Es una alegría desbordada. El Estado debería estar más presente. Si se trabajara bien políticamente con la educación, no habría padrinos. ■

M.LyJ.M.

Clases y changas

“Cuando mis hijos empezaron salita de cinco y hasta cuarto grado fueron a caballo porque vivíamos en otro partido donde no te mandaban taxi como hacen en la escuela de Vicky. Ellos saben que tienen que terminar la secundaria sí o sí, aunque les guste ganar plata para mantenerse, pagarse los celulares y las salidas. En verano, los dos trabajan en campos de lunes a sábado, pero cuando empiezan las clases hacen changas la primera semana de las dos que tienen libres; la segunda se dedican, a veces a regañadientes, a los deberes. El mayor me preguntó si lo apoyábamos para seguir estudiando Veterinaria o Agronomía y le dijimos que sí. Hace poco tuvo una situación en su trabajo donde se dio cuenta de que las cosas en el campo cambiaron: ahora uno solo hace el trabajo que antes hacían muchos. Vicky no trabaja en el campo, le enseño todas las cosas de la casa. A mí me gustaría que ella haga el terciario para maestra. Empieza el año que viene en el Centro Educativo para la Producción Total, un lugar que le da mucho a la familia, como talleres de conservas, huerta, chacinados o tejidos.” (Carolina Carrigal es mamá de Victoria -11-, que estudia en la Primaria N°14 de Punta Indio, y de Ezequiel -16- y Agustín -15- que cursan la Secundaria en el CEPT N° 29 en Roberto Payró).



43.ª Feria
Internacional
del Libro
de Buenos Aires

unipe: EDITORIAL
UNIVERSITARIA

En la 43ª edición de la **Feria Internacional del Libro de Buenos Aires** encontrará las últimas novedades de UNIFE Editorial Universitaria en:



Librería Universitaria Argentina
Stand 1507/08
Pabellón Amarillo



Galerna
Stand 304
Pabellón Azul

43ª Feria Internacional del Libro de Buenos Aires
Predio Ferial La Rural - Av. Sarmiento 2704 - CABA

editorial.unipe.edu.ar

Staff

UNIFE:
Universidad Pedagógica

Rector
Adrián Cannellotto

Vicerrector
Carlos G.A. Rodríguez

Editorial Universitaria

Directora editorial
María Teresa D' Meza

Editor de *La educación en debate*
Diego Rosemberg

Redactor
Diego Herrera